



ARTÍCULOS

La Ciencia Económica y los hechos de hoy Un análisis crítico de algunos aspectos característicos

Maurice Allais

Revista de Economía y Estadística, Cuarta Época, Vol. 33, No. 1 (1995): 1º y 2º Semestre (1992-1993-1994), (volúmenes 33, 34, 35); 1º Semestre de 1995 (volumen 36), pp. 12-20.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3777>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

Allais, M. (1995). La Ciencia Económica y los hechos de hoy. Un análisis crítico de algunos aspectos característicos. *Revista de Economía y Estadística, Cuarta Época*, Vol. 33, No. 1: 1º y 2º Semestre (1992-1993-1994), (volúmenes 33, 34, 35); 1º Semestre de 1995 (volumen 36), pp. 12-20.

Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3777>

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>

La Ciencia Económica y los hechos de hoy

Un análisis crítico de algunos aspectos característicos

Por Maurice Allais¹

I

Teoría y realidad

La ciencia, sus teorías y sus modelos

No existe ciencia si no existen regularidades susceptibles de ser analizadas y predecidas. Tal es por ejemplo el caso de la mecánica celeste. Pero también es el caso de una gran parte de los fenómenos sociales y en particular de los fenómenos económicos. Su análisis profundo permite en efecto mostrar la existencia de regularidades tan sorprendentes como aquellas que comprueban las ciencias físicas. Es esa la razón por la que la disciplina económica es una ciencia que se vale de los mismos métodos que las ciencias físicas.

Toda ciencia reposa sobre modelos, y todo modelo científico se basa en tres etapas bien distintas:

- 1) A partir de hipótesis bien definidas,
- 2) deduce de esas hipótesis todas las consecuencias y nada más que las consecuencias
- 3) contrasta estas consecuencias con los datos de la observación. De esas tres fases, sólo la primera y la tercera, la elaboración de hipótesis y la comparación de los resultados con la realidad, presentan interés para los economistas. La segunda fase, puramente lógica y matemática, es decir tautológica, no presenta otro interés que el matemático.

El modelo y la teoría que representa son aceptados o rechazados al menos provisoriamente, según que haya acuerdo o desacuerdo entre los datos de la observación y las hipótesis y las implicaciones del modelo. Una teoría en la que ni

las hipótesis ni las consecuencias puedan ser contrastadas con lo real estará desprovista de todo interés científico. La sola deducción lógica, aún cuando ella sea matemática, si no está estrechamente unida al estudio de la realidad, continúa desprovista de valor en cuanto a la comprensión.

La sumisión a los datos a la experiencia es la regla de oro que domina toda disciplina científica. Es ella la que explica el extraordinario éxito del pensamiento occidental en los tres últimos siglos. Esta regla es la misma para la ciencia económica que para las ciencias físicas.

Toda teoría, cualquiera que ella sea, si no es verificada por los datos de la experiencia no tienen ningún valor científico y debe ser rechazada. Tal es por ejemplo el caso de las teorías contemporáneas del equilibrio económico general que se fundan sobre la hipótesis de convexidad general de las funciones de producción, hipótesis contradicha por todos los datos de la experiencia y que acarrea consecuencias absurdas. Es también el caso de las teorías bernoullianas de la utilidad esperada que reposan sobre postulados cuyas consecuencias son incompatibles con los datos de la realidad.

1.- Conferencia pronunciada el 23 de Mayo de 1989 por el profesor Maurice Allais Premio Nobel de Economía 1988, en la Universidad de Ottawa. Traducción del Dr. Aníbal Arcondo

La elaboración de teorías y de sus modelos

La abstracción juega un papel esencial en la elaboración de teorías y de sus modelos. El rol de la ciencia es en efecto el de simplificar y escoger; es el de reducir los datos significativos y de investigar sus relaciones esenciales.

Una masa de hechos no constituye una ciencia. Si la abstracción, sin embargo, es necesaria, sus modalidades son indiferentes. Se puede sin peligro y con ventaja simplificar la realidad si y solamente si, esa simplificación no es susceptible de cambiar la naturaleza real de los fenómenos. Por el contrario, y bajo ningún pretexto, la preocupación de la simplificación debe llevar a cambiar la esencia misma de la realidad.

La legitimidad de la abstracción sólo se puede justificar a posteriori. A priori toda abstracción puede parecer legítimamente inadmisibles. Reducir los planetas a puntos para estudiar sus movimientos es una abstracción chocante; pero ella se logra y ese mismo logro la legitima. Es así en toda abstracción. Este principio vale para la ciencia económica como para cualquier otra ciencia.

Toda ciencia es un compromiso entre el logro de la simplicidad y el de la semejanza con la realidad. Una gran simplicidad es cómoda, pero peligra de no dar una imagen suficientemente parecida a los hechos; un parecido demasiado forzado vuelve al modelo demasiado complejo y prácticamente inutilizable. Lo que se puede decir, es que dado un nivel de aproximación, el modelo científicamente mejor es aquel que es más cómodo.

La pretendida oposición entre teoría y práctica es injustificada, pues una teoría es válida en la medida, y solamente en la medida, en que ella constituye una condensación de la realidad. Si no es así, es pura creación del espíritu, de hecho artificial, que desde el punto de vista científico no tiene valor; si, por el contrario, ella es una condensación de la realidad, es extremadamente útil porque representa bajo una forma muy condensada y fácil de utilizar, una masa de información de todo tipo sobre los fenómenos reales.

En materia de ciencia la noción de "verdad" es en realidad relativa. Ninguna teoría, ningún modelo, pueden pretender representar la "verdad absoluta", y si hay una, ella permanecerá siempre inaccesible. No existen modelos más o menos verificados por los datos de la observación. Cualesquiera puedan ser las verificaciones empíricas, no podremos jamás decir de una teoría que la afir-

mación de que "todo ocurre como si sus hipótesis correspondieran efectivamente a la naturaleza real de los fenómenos.

Tales son los principios generales del método que en otro tiempo Henri Poincaré comentaba tan pertinentemente a propósito de las ciencias físicas, y que Wilfredo Pareto ha tenido el mérito de extender a las ciencias sociales.

II

Seudo teorías

El criterio de la confrontación de una teoría con los datos de la experiencia es despiadado. Es tan fácil con una sola lapicera elaborar un análisis puramente literario o una teoría matemática abstracta sin ninguna aplicación empírica como es tan difícil elaborar un análisis efectivamente verificado por los datos de la realidad. Eso explica, sin duda, la propensión de tantos autores a evitar toda aplicación numérica, formulándola en términos vagos y generales.

Para comprobar la coherencia lógica de una teoría y extraer su verdadero contenido, cuando se consideran sus conclusiones a partir de premisas expresadas de una manera un poco compleja, las matemáticas constituyen por cierto un instrumento innegable y a decir verdad irremplazable.

De hecho, cuando se examinan ciertas teorías contemporáneas se comprueba que en relación a las exigencias del método científico, la coherencia lógica y la conformidad con los datos observados, dos suertes de desviaciones: La inconsistencia lógica y su negligencia a tratar los fenómenos reales.

Las teorías literarias

El defecto común de gran cantidad de teorías literarias es el uso continuo de conceptos no operacionales, de palabras vagas e indefinidas, cuyo sentido se modifica constantemente en los razonamientos y varía de un autor a otro. Es la ausencia de rigor en el análisis; el uso abundante de expresiones más o menos metafísicas que no expresan nada preciso pueden igualmente significar todo lo que se quiera, y se ponen así al abrigo de las objeciones. Es la utilización de expresiones cargadas de un contenido emocional que no pueden prestarse a razonamientos rigurosos.

La "mathematical charlantry"

Tales teorías no pueden ser consideradas como científicas, como es el caso de gran número de teorías puramente lógicas, sin lazo real alguno con los hechos. Si las matemáticas constituyen en efecto un instrumento, en las cuales la definición de matriz es un concepto extremadamente preciso, ellas no son ni pueden ser más que un instrumento. No se es un buen economista o un buen físico sólo por sus buenos conocimientos y habilidad en matemáticas.

Desde hace casi cuarenta y cinco años la literatura económica contemporánea se ha desarrollado a menudo en una dirección totalmente errada: El desarrollo de modelos matemáticos enteramente artificiales y totalmente alejados de la realidad, y de más en más dominados por un formalismo matemático, representa fundamentalmente un inmenso retroceso.

Es cierto que hoy no se necesita justificar la utilidad de la construcción rigurosa de modelos sobre la base de axiomas perfectamente especificados. Pero, por el contrario, contra lo que conviene ponerse fuertemente en guardia, es el considerar que es suficiente para una teoría asentarse sobre la axiomatización. En realidad, ello es secundario, lo que en verdad interesa es el análisis crítico de los axiomas sobre los que se asienta y la confrontación de sus implicaciones con los datos de la experiencia.

Leyendo ciertos trabajos, uno puede ser sorprendido por el abuso creciente del formalismo matemático. Se tiende a olvidar que el verdadero progreso no consiste jamás en la exposición puramente formal; consiste siempre en el descubrimiento de ideas directrices que son la base de toda teoría. Antes que nada son esas ideas las que conviene explicitar y discutir en lugar de disimularlas detrás de un simbolismo más o menos hermético.

De una manera paradójica desde el punto de vista científico, se presta incomparablemente más cuidado hoy a la elaboración matemática de modelos que a la discusión de su estructura, de sus hipótesis y de sus resultados desde el punto de vista del análisis de los hechos.

La literatura contemporánea nos ofrece innumerables ejemplos de aberraciones que pueden ser cometidas cuando se olvida el principio esencial de que una teoría solo vale en la medida en que está de acuerdo con los hechos observados y que la

única fuente de verdad es la experiencia. Es un hecho que una gran parte de la literatura teórica contemporánea es progresivamente controlada por matemáticos puros más preocupados por los teoremas matemáticos que por el análisis de lo real, y se asiste así a un nuevo totalitarismo escolástico fundado sobre concepciones abstractas, apriorísticas y separadas de toda realidad, a esa especie de "charlatanería matemática" que Keynes denunciaba en su "Treatise on Probability".

No será suficiente repetir: para el economista como para el físico, el objeto esencial no es la utilización de las matemáticas en sí mismas, sino su uso como medio de explorar y de analizar la realidad concreta; y esto significa en consecuencia no disociar jamás la teoría de sus aplicaciones.

La econometría salvaje

Pero el uso abusivo de las matemáticas no constituye el solo defecto de la literatura contemporánea. Demasiado a menudo se ha visto un florecimiento de pseudo teorías asentadas sobre una aplicación mecánica de la econometría y de la estadística despojada de toda inteligencia real. Todas estas teorías presentan los mismos caracteres: la elaboración de modelos de correlación lineales que no son más que pseudo - modelos. La aplicación ciega y brutal de programas de correlación lineal y de test asociados (que generalmente no son aplicables a los casos estudiados). La utilización de modelos muy a menudo aplicados a un solo país y para un corto período en los que el número de variables explicativas y el número de parámetros arbitrarios son tan grandes que la significación real de los ajustes efectuados es prácticamente nula. El agregado de un arsenal matemático - estadístico de econometría salvaje totalmente injustificado que da, a los ingenuos, la apariencia, de teorías científicas mientras que demasiado a menudo no son más que cáscara vacía.

III

Estructura

Institucional monetaria y financiera de la Economía

Las instituciones monetarias y financieras de una economía de mercados.

La actividad económica esencialmente tiene por objeto la satisfacción de las necesidades ilimitadas de los hombres con los recursos escasos de que disponen, en trabajo, riquezas naturales y equipamientos producidos anteriormente, habida cuenta de sus conocimientos técnicos.

Pero, para que un objetivo así pueda ser alcanzado, es necesario que la actividad económica se ubique en un cuadro institucional apropiado y es ciertamente una preocupación esencial de la ciencia económica definir correctamente los principios generales en la materia. Desgraciadamente la experiencia muestra que hasta ahora en el plano monetario y financiero esa tarea no ha podido ser realizada.

El mayor problema de las economías de mercados occidentales irresuelto hasta hoy, son las fluctuaciones coyunturales y las variaciones del valor real de la moneda que comprometen a la vez la eficiencia de la economía, la equidad en la distribución de los ingresos, la seguridad del empleo y la utilización de los recursos, y, finalmente la paz social. La inestabilidad económica, la subproducción respecto del máximo alcanzable, la desigualdad económica, el subempleo, la angustia y la miseria que las acompañan son el flagelo mayor de las economías de los mercados. Esos factores originan las críticas más justificadas y más violentas a las economías fundadas en la libertad económica y la propiedad privada. Todos están estrechamente ligados a las instituciones monetarias y financieras de las economías occidentales.

Las fluctuaciones económicas y la inestabilidad potencial de la economía contemporánea.

Las fluctuaciones del valor real de la moneda hacen imposible un funcionamiento eficiente y equitativo de las economías de mercados. Asimismo, su justificación ética se encuentra cuestionada, particularmente en cuanto a la descentralización de las decisiones, la propiedad privada y el principio de la apropiación privada de los excedentes.

De hecho las inequidades mayores que sufre nuestra sociedad provienen de las distorsiones en la distribución de los ingresos resultantes de las variaciones del valor real de la moneda.

La economía mundial en su conjunto reposa hoy en día sobre gigantescas pirámides de deudas, apoyadas las unas sobre las otras en un equilibrio frágil. Nunca se había observado una acumulación semejante de promesas a pagar. Jamás sin duda se ha hecho más difícil enfrentarlas.

Que se trate de la especulación sobre las monedas o sobre las acciones, el mundo se ha convertido en un vasto casino en el que las mesas de juego se reparten en todas las longitudes y latitudes. El juego y las apuestas en las que participan millones de jugadores que no se para nunca. A las cotizaciones americanas se suceden las de Tokio y Hong Kong y luego las de Londres, Frankfurt y París. En todos lados la especulación es favorecida por el crédito porque no se puede comprar sin pagar y vender sin poseer.

Todas las dificultades resultan del desconocimiento de un hecho fundamental, y es que ningún sistema descentralizado de economía de mercados puede funcionar correctamente con la creación incontrolada ex - nihilo de nuevos medios de pago que permiten escapar, al menos por un tiempo, a los ajustes necesarios. Ello es así toda vez que se pueden pagar los gastos o las deudas con simples promesas de pago, sin ninguna contrapartida real, directa o indirecta, efectiva.

El mecanismo de crédito tal como funciona actualmente y que se funda sobre la cobertura fraccionaria de los depósitos, permite la creación de moneda ex - nihilo; además los préstamos a largo plazo se apoyan en depósitos a corto plazo y tienen por defecto una ampliación considerable de los desórdenes observados. De hecho, las grandes crisis de los siglos XIX y XX son el resultado del desarrollo excesivo del crédito, de las promesas de pago y de su monetización, y de las especulaciones que ese desarrollo ha provocado y hecho posible.

Ya se trate de tipos de cambio o de corrida de acciones en los mercados bursátiles, se comprueba a menudo una disociación entre los datos de la economía real y el curso nominal determinado por la especulación. En todos lados esa especulación, frenética y febril, es permitida, alimentada y ampliada por el crédito tal como funciona actualmente. Nunca en el pasado había alcanzado una tal

amplitud. La cotización continuada minuto a minuto de las acciones y de las monedas no hace sino ampliar considerablemente los efectos desestabilizadores del crédito, favorece la manipulación de los mercados y es generadora de fraude.

Como en épocas precedentes se encuentra por todos lados la influencia desestabilizadora del mecanismo de crédito, pero a una escala incrementada doblemente en el plano nacional e internacional. Los fenómenos son conocidos: Una monetización acelerada de las deudas, una confusión creciente entre el ahorro y la moneda, una expansión no justificada del crédito, la inestabilidad de los tipos flotantes de cambio, los desequilibrios de los balances de pago en cuenta corriente y la amenaza del proteccionismo, el desarrollo de una especulación desenfrenada en los mercados de cambio y bursátil acentuada por la cotización continua de valores, la utilización mundial del dólar como unidad de valor cuyo valor real es extraordinariamente inestable e imprevisible, la contradicción fundamental entre la liberación de los movimientos de capitales a corto plazo y la autonomía de las políticas monetarias nacionales, las políticas de expedientes, y la inestabilidad potencial de la economía mundial.

Hasta ahora se ha podido evitar un descalabro generalizado pero se hace más y más difícil hacer frente a los desequilibrios que nadie parece capaz de controlar o de dirigir. De hecho no existe ningún ejemplo en el pasado en el que un crecimiento tan considerable del crédito y del endeudamiento no haya terminado en un naufragio.

La confusión y la ceguera del pensamiento económico

Es ciertamente un gran escándalo intelectual y político que, luego de la recurrencia de grandes crisis desde hace dos siglos, nuestras sociedades democráticas no se hayan mostrado capaces de definir las instituciones económicas en el seno de las cuales las fluctuaciones coyunturales se encontrarían, si no suprimidas, por lo menos considerablemente atenuadas.

Una sola conclusión puede deducirse con certeza de los numerosos análisis que han sido presentados en el curso de los últimos años y es el desacuerdo profundo de los expertos, y a decir verdad su confusión, ya se trate del sistema de tipo flotante de cambio, de la apreciación y deprecia-

ción del dólar, de las fluctuaciones de las tasas de interés, de la interdependencia entre los déficit de la balanza comercial, de la balanza de pagos y el presupuesto de los Estados Unidos, del rol de los eurodólares y euromonedas, del endeudamiento del Tercer Mundo... Lo que sorprende es la ausencia de todo diagnóstico universalmente admitido, y todavía más una previsión comunmente aceptada del futuro.

Es todavía más significativa la ausencia total de todo cuestionamiento al sistema de crédito tal como funciona actualmente, a saber, la creación de moneda ex - nihilo por el sistema bancario y la práctica generalizada de financiamientos a largo plazo con fondos tomados a corto plazo, factores todos eminentemente desestabilizadores.

Nadie parece tampoco inquietarse de que los flujos monetarios entre países puedan ser veinte o treinta veces mayores que los que corresponden a las transacciones de bienes y servicios, lo que demuestra que la pretendida regulación de los balances comerciales por los tipos de cambio no tienen en realidad ninguna significación.

Nadie parece tampoco inquietarse por el hecho que el nivel de vida medio americano se haya mantenido, mediante los préstamos del exterior, un 3% por encima del valor que tendría en una situación de equilibrio, ni del hecho de que la utilización internacional del dólar da a los Estados Unidos el beneficio de la creación de una moneda internacional, verdadero tributo pagado a los más ricos por los más pobres.

Los principios generales de una reforma de las estructuras monetarias y financieras.

De hecho, tanto en el plano nacional como sobre el plano internacional, los principios fundamentales sobre los que reposa actualmente el sistema monetario y financiero deben ser totalmente repensados. Como lo he mostrado en numerosas publicaciones, una estructura institucional apropiada sería relativamente fácil de definir, a partir de que los principios sean deducidos de la observación de los hechos y no de una concepción a priori.

Una estructura así implicaría simultáneamente una reforma del mecanismo de crédito tal como funciona actualmente, la indexación obligatoria de todos los compromisos sobre el futuro y la refor-

ma del sistema monetario internacional.

Antes que nada en sus comienzos la reforma del mecanismo de crédito debería hacer imposible la creación de medios de pago ex - nihilo y el préstamo a corto plazo para financiar préstamos a largo plazo, y ella debería solo permitir préstamos a plazos menores a los de los fondos tomados. Una reforma tal del mecanismo de crédito implicaría la disociación de las actividades bancarias tal como se conocen hoy en dos categorías de establecimientos distintos. Por una parte los bancos de depósitos a los que se excluiría de toda operación de préstamo, quedando sólo los cheques y los pagos de sus clientes, los gastos correspondientes a estos servicios facturados a estos últimos. Por otra parte los bancos de préstamos, prestando a términos menores a los fondos tomados a términos más largos. En uno y otro caso la competencia de los establecimientos en cuestión permitirán asegurar a sus clientes las mejores condiciones posibles.

En segundo lugar, la indexación de todos los compromisos sobre el futuro permitirían a la vez hacer los cálculos económicos correctos y aseguraría condiciones equitativas para la ejecución de los contratos de préstamos entre acreedores y deudores. De hecho una indexación permitiría a todos los agentes económicos utilizar una unidad de cuenta de valor real invariable para sus decisiones, implicando un arbitraje verdadero entre el presente y el porvenir.

Si esas medidas fueran tomadas, una reforma conveniente del sistema monetario internacional sería susceptible de contribuir a favorecer efectivamente en el futuro con relativa facilidad la realización de los grandes equilibrios internacionales. Ello implicaría netamente el abandono total del dólar como moneda de cuenta, como moneda de cambio y como moneda de reserva en el plano internacional, el abandono total del sistema de cambio flotante y su reemplazo por un sistema de tipo de cambio fijo, pero eventualmente revisables.

La incomprensión de las reformas necesarias.

Es cierto que los intereses particulares muy fuertes de los grupos de presión monetarios y financieros, y las doctrinas reinantes no son muy favorables a esas reformas. El empecinamiento de ciertas escuelas contemporáneas hace pensar naturalmente a las de ciertas religiones. Se necesita

más poder para difundir las ideas simples, claras y coherentes, que para introducir conceptos oscuros que se prestan a todas las interpretaciones y se adaptan fácilmente a todas las opiniones, a todos los sentimientos.

Estos últimos cuarenta años han estado dominados por una sucesión de doctrinas dogmáticas, siempre sostenidas con la misma seguridad, pero sin dudas contradictorias las unas con las otras, irrealizables, y abandonadas luego bajo la presión de los hechos. El estudio de la historia, el análisis profundo de los errores del pasado, han tenido una tendencia a ser sustituidos por simples afirmaciones, a menudo apoyadas sobre puros sofismas, sobre modelos matemáticos irrealistas o sobre análisis superficiales de las circunstancias del momento.

De hecho casi la totalidad de las dificultades actuales resultan de un desconocimiento total de las condiciones monetarias y financieras, del funcionamiento eficiente y equitativo de una economía de mercado, y de una estructura inapropiada de las instituciones bancarias y de los mercados financieros. Es sorprendente la incapacidad actual de la ciencia económica, tal como es comunmente admitida y enseñada, para hacer efectivamente frente a estas dificultades.

VI

Obstáculos

Al desarrollo de la Ciencia Económica

Me limitaré a examinar muy brevemente dos obstáculos principales al desarrollo de la ciencia económica: La oposición a las ideas nuevas y la tiranía de las doctrinas dominantes, y el interés establecido y las ideologías.

La oposición a las ideas nuevas y la tiranía de las doctrinas dominantes.

Antes que nada en la elaboración de la ciencia, es decir en la construcción de las teorías y de sus modelos, la intuición creadora es la que juega siempre el rol determinante. Es gracias a ella que se hace, a partir de los conocimientos ya adquiridos y de los datos de la observación, la elección de los conceptos y de las relaciones entre esos conceptos que permiten representar la realidad esencial, es decir la elección de las hipótesis. De esas hipótesis el razonamiento deductivo saca todas las consecuencias y nada más que las consecuencias. Esas consecuencias son contrastadas

con los hechos. Así la intuición creadora, la deducción lógica y la confrontación de las consecuencias de la hipótesis con los datos de la observación constituyen las tres articulaciones esenciales en todo trabajo científico. La historia de la ciencia se puede caracterizar por la repetición indefinida de esas tres fases en un proceso que converge hacia modelos de más en más comprensivos, y más en más verificables.

Es en efecto por el florecimiento de ideas nuevas sugeridas por la intuición creadora y los datos de la observación que la ciencia puede realmente progresar. Pero todo progreso científico real choca con la tiranía de las ideas dominantes, de los "stablishments" de donde ellas emanan. Las ideas dominantes más difundidas son aquellas que se hallan enraizadas en la psicología de los hombres y es difícil hacer admitir algunas concepciones nuevas por más fecundas que ellas puedan resultar posteriormente. Las ideas dominantes, por más erróneas que puedan ser, terminan por adquirir por su simple e incesante repetición el carácter de verdades establecidas que no se pondrán en dudas sin exponerse al ostracismo activo de los "stablishments".

El ejemplo de los Copérnico, de los Galileo, de los Pasteur, de los Wagener, existe para mostrarnos los obstáculos que pueden obstruir a los descubridores geniales. Es esa resistencia a las ideas nuevas la que explica en economía que haya sido necesario tanto tiempo para descubrir los aportes mayores de Dupuit, de Walras, de Edgeworth, de Pareto y de tantos otros.

El intelectual exitoso es siempre el que aporta algún perfeccionamiento marginal a las teorías dominantes y a las que todo el mundo está habituado. Si, por el contrario, una teoría elaborada se aparta de los caminos trillados, tiene asegurada una oposición general cualesquiera sean sus justificaciones.

En materia de ciencia la acción de los "stablishments" y de los grupos de presión se ejerce a menudo de manera insidiosa, a veces por motivos extraños a la ciencia. Hemos visto desarrollar en estos últimos años tendencias peligrosas hacia la politización de la ciencia y de la actividad científica basadas en concepciones ideológicas de distinta orientación.

Por todas estas razones hoy como ayer es esencial someter constantemente las "verdades establecidas" a un análisis crítico sin complacencias, recordando sin cesar el juicio de Pareto: "La his-

toria de la ciencia se reduce a la historia de los hombres competentes".

El interés y las ideologías.

En segundo lugar se ha podido decir que el teorema de Euclides habría sido ásperamente discutido si hubiera puesto en juego intereses financieros y políticos. No hay ahí ninguna exageración. Por sus implicancias el contenido y el desarrollo de la teoría económica están estrechamente ligados a los intereses establecidos y a las ideologías.

En todas las épocas de la historia, el éxito de las doctrinas económicas ha estado asegurado, no por su valor intrínseco, sino por la fuerza de los intereses y sentimientos. Desgraciadamente, la ciencia económica ha estado a menudo ligada a la suerte de las doctrinas políticas representativas de los intereses establecidos y de las ideologías.

La teoría de la eficiencia máxima y de las condiciones que ella implica, la teoría de la relación entre la masa monetaria y los precios y de sus implicaciones en cuanto a la política económica, la teoría de la desocupación y sus causas, por no tomar más que estos tres ejemplos, tienen implicaciones considerables. Poco importa que una teoría sea verificada, o no, por los datos empíricos, ella será aceptada o rechazada según que sus conclusiones sean consideradas conformes o no, a los intereses de los grupos dominantes. En consecuencia, los criterios de verdad de una teoría no son su conformidad con los datos de la realidad, sino su conformidad con los intereses establecidos y las ideologías dominantes.

La teoría de la desocupación es particularmente significativa. En ninguna parte o casi en ninguna se ha efectuado un análisis profundo de las causas de la desocupación en Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Alemania Federal y Francia por una parte, y en Suiza por otra. Sin embargo, en 1987 la tasa de desocupación media de los cinco primeros países fue del 8,7% y en Suiza del 0,7%. La única razón real de esta falencia es que las conclusiones de tal análisis no podrían ser sino impopulares.

Además, no hay casi pensador que más o menos inconscientemente no esté influenciado por sus propias opiniones políticas, entendiéndolo la palabra política en su concepción más elevada. Esto vale para todas las ciencias que tengan implicancias sociales, se trate de la historia, de la biología o de la economía.

Al menos una veintena de historiadores de gran talento, de una reputación establecida, pero de opiniones políticas distintas, han escrito la historia de la Revolución Francesa. La presentación adoptada, la elección de los detalles y una aparente objetividad sugieren al lector imágenes sin duda incompatibles con los acontecimientos.

A menudo los sostenedores de tal o tal teoría dan prueba de un sentido crítico sin límites frente a las opiniones opuestas, al mismo tiempo que su confianza en sus propias tesis revelan una ingenuidad ilimitada. Uno de los más grandes riesgos de las ciencias sociales, es el subjetivismo que deliberadamente quiere ignorarse.

Efectivamente, la ciencia económica no puede tener por objeto definir los objetivos que debemos perseguir, y ella no sabría hacerlo. En toda sociedad se plantean cuestiones relativas a la finalidad, pero la definición de los fines perseguidos no le incumbe a la ciencia económica; ello no le incumbe, por otra parte, a ninguna ciencia.

Los fines que uno persigue pueden ser los que uno quiera. Se puede investigar prioritariamente la eficiencia de la economía, o al contrario preocuparse antes que nada por la justicia de la distribución de los ingresos, por relativo que pueda ser el concepto de justicia. Uno puede proponerse realizar una economía tan progresiva como sea posible, o al contrario preocuparse por asegurar la estabilidad y la seguridad de los ingresos y del empleo.

Así incumban a la eficiencia, a la justicia o a la seguridad, no es posible decir que ciertos fines sean intrínsecamente preferibles a otros. Corresponde a la sociedad, es decir, finalmente a los hombres que la componen, el decidir un compromiso mutuamente aceptable entre los diferentes objetivos concebibles.

Los fines que uno persigue no pueden ser separados del funcionamiento mismo del sistema político. Esto último provee procedimientos que se diferencian según los países y las épocas, cuyo objeto es siempre el mismo: realizar un compromiso entre las aspiraciones de los distintos ciudadanos cuando esas aspiraciones son, como sucede generalmente, contradictorias.

El economista no puede responder, en lo que le concierne, más que a dos preguntas: ¿Los fines económicos perseguidos son compatibles entre sí? ¿Los medios puestos en marcha son efectivamente los más apropiados para alcanzar los objetivos que se persiguen? La ciencia económica no

tiene por objeto definir la elección que debe hacerse, sino solamente proporcionar información científica en función de la cual efectuar la elección.

Es un abuso, y un abuso riesgoso, el de suponer que la ciencia económica puede permitirse elaborar decisiones científicas. Los modelos de investigación operacional no pueden poner a disposición de los jefes de empresas decisiones totalmente elaboradas. Ellas pueden solamente definir, bajo ciertas hipótesis, las implicaciones. La misma observación vale para los modelos puestos a disposición de los gobiernos por los organismos de planificación.

V

Condiciones

Para el progreso de la Ciencia Económica

¿Cuales son las condiciones para el progreso de la ciencia económica? Examinaré dos solamente, ambas muy importantes: la preocupación por la síntesis y la sumisión incondicional a las enseñanzas de la experiencia.

Un vasto esfuerzo de síntesis.

Antes que nada, la ciencia económica ha hecho hoy en día progresos, su campo de análisis se ha extendido considerablemente, que tiende de más en más a especializarse en distintos compartimentos. La descripción de las instituciones, la teoría de los precios, la teoría del riesgo, la teoría de la moneda, la teoría del intercambio internacional, la teoría del desarrollo, la teoría de las fluctuaciones coyunturales y el análisis de la coyuntura..., no constituyen más que algunos compartimentos entre otros.

Una especialización tal es necesaria, ya que evidentemente el conocimiento profundo de esos diferentes capítulos excede la capacidad de un solo hombre. Sin embargo, importa que la preocupación de síntesis sea preservada. El progreso de cada parte está condicionado por una amplia vista de conjunto que así aparece indispensable.

En todo caso, la ciencia económica constituye sólo una parte de un todo más vasto, el de las ciencias sociales. En sus aplicaciones, la ciencia económica está siempre relacionada a la política, de manera que el economista necesariamente debe tener amplias aperturas hacia la sociología, la política, la historia.

Es en la vía de un vasto esfuerzo de síntesis que las ciencias sociales pueden hoy realizar inmensos progresos. Así es altamente deseable formar economistas que tengan una amplia visión sobre la historia, la sociología y la ciencia política; de formar historiadores capacitados en el análisis económico y el estudio de la sociología; sociólogos teniendo igualmente la formación de los economistas e historiadores.

Así se trate de economistas, de historiadores, de sociólogos, todos deberían tener un buen conocimiento de las técnicas matemáticas y estadísticas de elaboración de modelos, de sus condiciones de utilización y de sus límites.

Una sumisión incondicional a las enseñanzas de la experiencia.

Una segunda condición del progreso de la ciencia económica, como el de todas las ciencias, es la búsqueda de objetividad y una sumisión incondicional a las enseñanzas de la experiencia.

Para que la ciencia pueda progresar, los juicios y las decisiones de aquellos que la administran, de aquellos que investigan, de los que enseñan, de los que aplican la ciencia, deben ser objetivos. ¿Si una objetividad total es ciertamente imposible, puede ser después de todo posible tratar de aproximarse? Lo propio del error, es creerse en la verdad; y aquel que se equivoca se equivoca dos veces: se equivoca porque él se equivoca y se equivoca porque él no sabe que se equivoca. Mientras más nosotros creemos tener razón para pensar que tenemos razón, más debemos quedar convencidos de la relatividad de toda convicción, más debemos estar dispuestos a aceptar opiniones diferentes a las nuestras.

Nunca es posible decidir definitivamente sobre los hombres y las cosas. En las ciencias, las proposiciones consideradas como las mejor establecidas en cada siglo han debido dejar lugar a otras, que ellas mismas, bajo la presión de los hechos, han debido ser reemplazadas. Es esa una de las regularidades: lo que el mundo considera hoy como indiscutible, será reconocido mañana como insostenible.

El principio mayor de la disciplina científica es siempre dudar de lo que se considera como verdadero, estar siempre listo a examinar favorablemente las opiniones adversas y ayudar en la búsqueda tendiente a reformular las proposiciones en las cuales uno puede creer.

La duda en cuanto a sus opiniones, el respeto de las de otro, constituyen las condiciones primeras de todo progreso real de la ciencia. El consentimiento universal, o el de la mayoría, no pueden ser considerados como criterio de verdad. En último análisis, la condición esencial del progreso de la ciencia, es una sumisión entera a las enseñanzas de la experiencia, única fuente real de nuestro conocimiento.

Como lo ha expresado tan bien Vilfredo Pareto: "Es siempre el fenómeno concreto el que decide si una teoría debe ser aceptada o rechazada. No hay, no puede haber, otro criterio de la verdad de una teoría que su acuerdo más o menos perfecto con los fenómenos concretos".

